

triunfo

Ella

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

NUESTRAS LABORES



DURANTE muchísimo tiempo, las mujeres rellenaron la casilla correspondiente a la profesión, en los impresos, colocando un humilde y ambiguo «sus labores». Nadie se molestaba en pedir precisiones. Estaba claro que, desde la época de las casas decoradas con bisontes, las labores femeninas consistían en lavar, planchar, hacer ricos guisos y realizar primores en el campo del «fil-tiré» y la vainica ciega.

Hoy ya casi no existen tareas propias de un sexo o de otro y, de la misma manera que los hombres confeccionan trajes de cóctel y langostas montadas, las mujeres pegan el ojo al microscopio y curiosean el espacio sideral con toda desenvoltura.

Es una suerte que así sea, ya que para cualquiera, sea hombre o mujer, es mucho más agradable disponer de una amplia elección en el momento de decidirse por una actividad, que verse reducido, por tradición o prejuicio, a practicar siempre la misma.

Sin embargo, las labores menudas y delicadas capaces de salir de manos femeninas no han perdido su encanto ni sus entusiastas partidarias.

En las horas que dejan libres otras preocupaciones más importantes o perentorias, distraen y acompañan. Mientras se toma el sol en la playa, mientras se soporta el secador en la peluquería o se escucha el disco preferido, la aguja va y viene sobre la tela dejando un rastro florido que luego alegrará el mueble racional de nuestras días y demostrará que las mujeres de hoy, aunque sean capaces de realizar otras labores más complicadas y ambiciosas, no han olvidado del todo aquellas que practicaron sus abuelas.